

▼ **JOSE MARIA CUENDE, SUPERVIVIENTE DEL BOMBARDEO DE GERNIKA**



**A**

YER se conmemoró en la villa foral el 58 aniversario de la masacre vivida por su población civil durante la Contienda Civil española a manos de la Legión Cóndor, avión alemana a las órdenes del sublevado general Franco. El horror de aquellas horas de bombardeo incesante sobre un municipio indefenso -sólo existía una ametralladora antiáerea ubicada en el monte Aixerrota- quedó plasmado para siempre en las mentes de sus moradores, refugiados que huían del frente, situado a 25 kilómetros; tropas vascas (batallones Saseta, Loiola y Gernikako Arbola), baserritarras de la comarca y los 7.000 habitantes con que contaba Gernika.

Las décadas transcurridas desde aquel fatídico lunes 26 de abril han borrado parte de la historia local, pero quienes fueron niños, hoy aitxitxes y amamas, son los supervivientes de un hecho ocultado y negado por sus autores. La prueba de una verdad. «¡No, mil veces no! Gernika no fue incendiada por nuestros valientes y abnegados gudarís. Si algún valor tiene el juramento que pueda prestar como

alcalde y como cristiano, juro ante Dios y ante los hombres que la destrucción de Gernika fue obra exclusiva de la aviación extranjera». Escribía días más tarde el primer edil de la villa, José de Labauria, acompañado del párroco, Eusebio Arronategi, del archivero de la Casa de Juntas, Bonifacio Etxegaray, y del periodista británico George L. Steer», según se recoge en la publicación «El bombar-

deo de Gernika», realizada por el grupo de historia Gernikazarra.

José María Cuende recuerda con precisión lo ocurrido en su población natal durante los días anteriores y posteriores al incesante ataque ininterrumpido. Tenía 13 años, vivía en Franzeskale -actualmente Azokekale- y había acudido hasta el inicio de la Guerra a la Escuela de Artes Oficios, situada en la céntrica calle Ocho de Enero. Su narración parte del sábado, 24 de abril de 1.937. «Siendo nosotros niños, nos dijeron que habían llegado gudarís de la parte de Markina. Al anochecer muchos estaban tumbados en San Juan Ibarra, habían venido a pie y estaban cansados. Sí había movimiento inusitado de personal». Rápidamente salta al domingo para recor-

dar que «transcurrió el día con normalidad. Todo estaba abierto, los bares, cafés,.... Hicimos vida normal». No ocurriría así horas más tarde. Josemari habla de aquel amanecer «un poco gris». Era jornada de feria, como todo lunes en la villa foral, y el Paseoleku estaba ocupado por las baserritarras mientras que la muestra ganadera se asentaba en El Ferial. «Fui a comer a casa. Tocaban repetidamente las campanas de Santa María y a ratos las sirenas de Astra y Talleres». La normalidad era relativa por ser tiempos de guerra pero nadie pensaba que «iban a bombardearnos». Sus recuerdos de los pasos dados a partir de las 14,30 son precisos. «Miraba cosas de niños, mecheros, en el escaparate de una ferretería. Of un gran estallido, una bomba había caído junto a la casa de Catarro. La gente, y más los chavales, fueron a ver lo que ocurría. Yo tenía mucho miedo. Quería marcharme del jaleo que se aproximaba y me dirigí a la estación. Un gudarí me dijo "No te quedes aquí. Somos un nudo de comunicaciones -recuerda- y pueden bombardear". Salté a la calle La Vega y la estación fue alcanzada por una bomba. Presa del pánico corrí hacia la presa, por allí había personas y gudarís en las huertas, algunos parecían muertos. Ametrallaban sin cesar y me marché al refugio de Talleres».

Las tres oleadas de aviones llegaron desde el mar, a baja altura, para lanzar - en base a una hipótesis- 29.000 kilos de bombas. El objetivo, según los partes de guerra, el puente de Rentería, paso del ejército en retirada. Este y las fábricas de armas resultaban intactas, con escasos impactos las casas nobles y totalmente destruido el centro de la población. El horror terminó a las 19,30 horas. «Todo el pueblo estaba en fuego. Yo quería ir a casa pero los gudarís no dejaban entrar al centro. Pase junto al frontón y las tejas explotaban. Todo estaba en llamas. Gritos y chillidos. Gente preguntando por familiares. Horas de horror. En el puente de las casas de Gandarias, vi a periodistas filmando. En el cuartel de gudarís de D. Tello el armamento explotaba. Mucha gente corría. Una locura» señala apesadumbrado. Avanzada la noche se dirigirá al caserío que sus abuelos tenían en Muxika para encontrarse con su madre y hermanos. «No hubo bajas en la familia pero recuerdo que nuestros vecinos, Francisco y su esposa, murieron» señala. Así iniciaría, como miles de guerniqueses, una peregrinación por otros puntos de nuestra geografía que a Josemari le llevarían aún más lejos, al exilio. «Fuimos a Barakaldo, a casa de una tía y luego a Santoña. Mi padre estaba en el frente y en Santander embarcamos en un barco inglés hacia Burdeos. El Gobierno vasco en el exilio nos alojó en unos barracones. Recuerdo a gente de Lamiako, margen izquierda, etc., había mucha camaradería. Las mujeres nos trataban muy bien a los niños». El siguiente punto en el extranjero fue Ginebra, antes de llegar a la frontera catalana. «No quisimos ir otra vez a la guerra. No queríamos saber más de guerras y volvimos a Gernika».

El 26 de abril marcó la separación entre «los tiempos normales» -expresión empleada por los supervivientes para referirse a los años anterior al bombardeo y «los anormales». «Pasamos hambre canina. Había uno -recuerda- que conocía cuáles eran los nabos buenos para comer y cuáles no. No había de nada. Franco no tenía nada "bonito", sólo sinsabores para los que no eran adeptos al régimen».

# «Todo estaba en llamas. Gritos y chillidos. Horas de horror»

Mariví Campillo